

hay tantas hecatombes, porqué me veo rodeado del invierno infinito, porqué crezco sobre los sepulcros.

Porque tantos combates, lágrimas y pesares y tantas cosas tristes; porqué quiso Dios que yo fuera ciprés cuando vosotros sois rosas.

Victor Hugo

(Autógrafo del gran poeta)

MEMORIAS DE UN REBELDE

1830

AGOSTO.—Pasado el mes de julio de 1830 necesitamos la cosa *República* con la palabra Monarquía.

Apreciando las cosas solo el bajo el punto de vista político, la revolución de julio nos ha hecho pasar bruscamente del constitucionalismo al republicanism. De aquí en adelante en Francia ya no sirve la máquina inglesa, los mismos Whiggs se sentarían a la derecha del Congreso. También la oposición ha mudado de terreno como todo lo demás. Antes de la revolución de julio estaba en Inglaterra, ahora está en América.

No están las sociedades bien gobernadas en hecho y en derecho sino cuando esas dos fuerzas, la inteligencia y el poder, van de consuno. Si la inteligencia no ilumina todavía más que una cabeza en la cumbre del cuerpo social, reine enhorabuena esta cabeza; las teocracias tienen su lógica y su hermosura. Desde que son muchas las que tienen luz, bien está que muchas gobiernen; entonces son legítimas las aristocracias. Pero, cuando por fin de todas partes ha desaparecido la sombra, cuando en todas las cabezas de la luz, que reinen todas. Si el pueblo está en sazón para la república, es muy legítimo que la tenga.

— Cuando ahora se ve es una aurora. Nada falta para él, ni siquiera el gallo. (1)

La fatalidad, a la que juzgaban ciega los antiguos, ve muy claramente y raciocina. Los acontecimientos se siguen, se encadenan y deducen con una lógica que pasma. Colocándose a cierta distancia, puede uno entrever todas sus demostraciones en sus rigurosas y colosales proporciones; y la razón humana rompe su corta medida ante los grandes silogismos del destino.

No puede haber más que añadiduras ficticias y falsas en un orden de cosas, en el cual las desigualdades sociales contrarian las desigualdades naturales.

El perpétuo equilibrio de la sociedad resulta de la superposición inmediata de estas dos desigualdades.

Los reyes tienen el presente, los pueblos el porvenir. ¡Dadores de empleos! ¡tomadores de empleos! ¡demandadores de empleos! ¡guardadores de empleos! Grima dá el ver a esa gente que adopta una escarapela para utilizarla en un puchero.

Hay, dice Hipócrates, lo desconocido, lo misterioso, lo *divino* de las enfermedades. *Quid divinum*. Lo que dice de las enfermedades, puede aplicarse a las revoluciones.

La última razón de los reyes es el cañón, la última de los pueblos es el empedrado de la calle.

Para muchos que raciocinan a sangre fría y teorizan la época del terror cuando ha pasado, el año 93 es una amputación, poco melindrosa por supuesto, pero necesaria. Robespierre es para ellos un Dupuytren político. Lo que llamamos guillotina, no es más que un bisturí.

Convengo en ello, pero pareceme que no se debe pertenecer ahora a la gente vocinglera y guillotidora. De aquí en adelante es menester que no se curen los males de la sociedad con el bisturí, y si con la lenta y gradual purificación de la sangre, por la prudente reabsorción de los humores extravasados, por el ejercicio de las fuerzas y de las facultades, por la sabia alimentación,

(1) El gallo figura en las armas de Francia.

por el buen régimen. No nos dirijamos ya más al cirujano, sino al médico.

Muchas cosas buenas están conmovidas y casi bamboleantes por la brusca sacudida que acaba de ocurrir. Los hombres de arte especialmente han quedado estupefactos y van por todas direcciones tras sus ideas algún tanto desparramadas. Bien pueden tranquilizarse; en cuanto a mí estoy firmemente convencido, de que, pasado este terremoto, volveremos a ver en pie nuestro edificio de poesía y hasta mucho más confiados en su solidez con motivo de tantas sacudidas y embates de todo género a que habrá resistido. Nuestra cuestión también es cuestión de libertad, también es una revolución. Se mantendrá y andará ilesa al lado de su hermana la política. Revoluciones y revoluciones no se han de comer las unas a las otras.

Septiembre.—Hace ya seis semanas que el ministerio y la mayoría del Congreso cercenan la revolución, y tan joven como es.

Se equivocan los que piensan que el equilibrio europeo no será alterado por nuestra revolución. ¡Lo será! Pero lo que nos hace fuertes, es que a todo rey que nos soltara el ejército, podemos nosotros soltarle su mismo pueblo. Una revolución peleará a favor nuestro por doquiera.

Unicamente Inglaterra es temible por mil razones.

El ministerio inglés nos pone buena cara por haber inspirado al pueblo inglés un entusiasmo que dirige al gobierno sin que lo pueda resistir. Entretanto Wellington medita por donde podrá cogernos, y en algún momento oportuno nos emprenderá por Bélgica o por Argel. Por tanto, debiéramos ocuparnos en ganar el amor del pueblo inglés con los más estrechos vínculos, para cortar el atrevimiento al ministerio, y enviar de intento a Londres un embajador popular, a Benjamín Constant, por ejemplo, cuyo carruaje hubieran tirado hombres del pueblo desde Douvres a Londres; con más de un millón de ciudadanos por escolta. De esta suerte nuestro embajador hubiera sido el primer personaje de Inglaterra, y considerese el efecto que hubiera causado entonces en aquel

país una declaración de guerra a la Francia. ¡Plantar la idea francesa en el suelo inglés, esto sí que era grande y político!

La unión de la Francia y de la Inglaterra pueden producir resultados inmensos en los tiempos venideros de la humanidad. Estas dos naciones son los dos pies de la civilización. (1)

Estraño es por cierto el modo con que se presentan ciertas personas el día siguiente de una revolución. a cada paso tropieza uno con el vicio y la impopularidad en escarapela tricolor. Muchos llegan a imaginarse que la insignia cubre la frente.

Asistimos ahora a un diluvio de empleos que produce efectos singulares. A unos les ensucia, a otros parece que les purifique.

Pasmado se queda uno con motivo de las existencias que se alzan enteritas en la noche posterior a una revolución. Hay hombres políticos que tienen algo de la seta. Casualidad e intriga; comparsa y lotería.

Piensa Carlos X que la revolución que le ha destronado es una conspiración minada, profunda, de mucho tiempo hace preparada. ¡Se equivoca! no ha sido más que una simple avenida del pueblo.

El orden en la tiranía es, dice Alfieri, *una vida sin alma*.

La idea de Dios y la idea de un rey, son dos y deben ser dos. Una monarquía como la de Luis XIV confunde estas ideas en perjuicio del orden temporal y del orden espiritual. Resulta de este monarquismo cierto misticismo político, cierta idolatría realista, y no sé que religión de la persona del rey, del cuerpo del rey, que tiene un templo por palacio y gentiles hombres de cámara por sacerdotes, con la etiqueta por decálogo. De aquí dimanar todas aquellas ficciones que llaman *derecho divino, legitimidad, gracia de Dios* y que son enteramente al revés del verdadero derecho divino que es la justicia;

(1) Lo acontecido durante la guerra europea, convierte en cumplida profecía la afirmación de Víctor Hugo.—N. del E.

de la verdadera legitimidad que es la inteligencia; de la verdadera gracia de Dios que es la razón. Esta religión de los cortesanos no sirve más que para substituir la camisa de un hombre, al estandarte de una iglesia.

Nos hallamos en el momento de los terrores pánicos. Por ejemplo; horroriza un club y no es estraño, la voz *club* se traduce por un guarismo: 93. Y, para la clase baja, 93 dice carestía: para la clase media, es el máximo: y para la alta, 93 es la guillotina.

Tranquilizanse sin embargo, estamos en el año 1830.

Según el modo de ver de cierta gente, la república es la guerra de los que no tienen un maravedí, ni una idea, ni una virtud, contra cualquiera que tenga algo de eso.

La república, a mi modo de ver la república, la que todavía no está en sazón, pero que dentro un siglo señorea a la Europa, es la sociedad, protegiéndose por medio de su guardia nacional, juzgándose por su jurado; administrándose por su municipalidad, gobernándose por su colegio electoral.

Los cuatro miembros de la monarquía que son, el ejército, la magistratura, la administración y el senado, para esta república no son más que cuatro escrescencias embarazosas que van atrofiándose y pronto morirán.

En toda constitución siempre hay dos cosas; la solución de un pueblo y de un siglo, y un poco de papel. Todo el secreto para gobernar bien el progreso político de los pueblos, consiste en saber distinguir que es la solución social y que es el papel. Todos los principios que se han desprendido de las precedentes revoluciones que forman el fondo, la esencia misma de la constitución, deben ser respetados, como libertad de culto, libertad de pensamiento, libertad de imprenta, libertad de asociación, libertad de industria y comercio, libertad de tribuna de teatro; igualdad ante la ley, libre accesibilidad de todos los empleos a todas las capacidades, todas estas son cosas sagradas e irremisiblemente caerán los reyes que las tocaren. Pero por sí que toca al papel; a la forma, a la redacción, a la letra, a las cuestiones de edad, de contribución, de elegibilidad, de hereditarie-

dad, de inamabilidad, de penalidad, poca detención merecen, con tal, sin embargo, que los gobernantes vayan reformando a medida que el tiempo y la sociedad van caminando. Nunca debe la letra petrificarse cuando las cosas son progresivas, y si la letra, por sobrado sólida se resiste, no cuesta mucho el quebrantarla. A veces es preciso violar las constituciones para hacerlas más fecundas.

En materia de poder, si para que un hecho pase a ser derecho no se requiere violencia, ya es derecho por eso mismo.

Algún día estallará en Europa una guerra general, la guerra de los reinos contra las patrias.

Al prestar Talleyrand el juramento a Luis Felipe, díjole con graciosa sonrisa. Señor, pues ya van trece.

Hace un año que Talleyrand decía en época en que se hablaba mucho de trilogía en literatura: También quiere yo haber hecho mi trilogía; hice la casa de Borbón, hice Napoleón, acabaré con hacer la de Orleans.

¡Con tal que la pieza de Talleyrand no tenga más que tres actos!

Las revoluciones son unas improvisadoras magníficas, aunque a veces algo descabelladas.

¡Tremendo arado el de las revoluciones! al filo de su reja, por cada lado del sulco, ruedan cabezas humanas.

¡Gobernantes, no destruyáis nuestra arquitectura gótica! ¡Respetad las vidrieras tricolores!

Napoleón decía: no me vengán con el gallo, se deja engañar por la zorra. Y tomó el águila. La Francia ha vuelto a tomar el gallo. Pero no andan ya pocos zorros acechando ocultos unos tras de otros: ¡Eya! ¡vigila, galle!

Personas hay que se creen muy adelantadas y todavía están en 1688. Sin embargo ya hace tiempo que hemos pasado el año 1789.

Ancianos, cuidado con parapetaros tanto en la legislación; vale más que abrais la puerta y dejéis pasar la juventud. Considerad que cerrándole la puerta la dejáis en medio de las plazas públicas.

Tenéis una tribuna de marmol muy bonita, con bajos-relieves de Lemot, y sólo la queréis para vosotros, está muy bien: a lo mejor, cuando menos lo receléis, la nueva generación se subirá sobre algún tonel que está en contacto con el empedrado que acaba de hacer añicos una monarquía de ocho siglos. Pensadlo bien. Por otra parte, debéis haceros cargo de que por más venerables que seáis por la edad, cuanto hacéis desde el agosto de 1830 no es más que precipitación, atolondramiento e imprudencia.

Quizás personas jóvenes se hubieran guardado bien de hacer lo que vosotros. En la monarquía de Borbón había algunas cosas útiles que quizá se han aniquilado con sobrada precipitación, y que habrían podido servir aun cuando no hubiera sido más que para llenar el foso profundo que nos separa del porvenir. Nosotros, humildes políticos, os hemos censurado más de una vez en el rincón en que nos dejáis, por derribarlo todo con sobrada prontitud y poco discernimiento, y eso que nosotros pensamos nada menos que en una reconstrucción general y completa. Pero, para la demolición como para la reconstrucción se requería una detenida y paciente atención, mucho tiempo, y el respeto de todos los intereses que cobijándose debajo los antiguos edificios sociales dan muy a menudo renuevos de la mayor esperanza. El día en que todo se derribare, es preciso hacer un abrigo provisional para todos los intereses.

¡Cosa extraña! tenéis la vejez pero no la madurez. He aquí algunas palabras de Mirabeau que al presente conviene meditar:

«Téngase presente que no somos unos salvajes que lleguemos ahora de las riberas del Orinoco para formar una sociedad. Somos una nación vieja, y a no dudarlo sobrado vieja, atendida la época en que nos hallamos. Tenemos un Gobierno preexistente: es menester, en cuanto sea posible, acomodar todo esto a la revolución y salvar prudentemente la soldadura.

En la constitución actual de Europa, cada estado tiene un esclavo, cada reino arrastra una cadena. La

Turquia tiene la Grecia, la Rusia tiene la Polonia, la Suecia la Noruega, la Prusia el gran ducado de Posen, el Austria la Lombardia, la Cerdeña el Piamonte, la Inglaterra tiene la Irlanda, la Francia tiene la Córcega, la Holanda tiene la Bélgica. Así es que al lado de cada pueblo libre hay uno esclavo, al lado de cada nación en el estado natural, una nación fuera del estado natural. Edificio es este mal construido; la mitad marmol, la mitad yeso.

Octubre.—El espíritu de Dios, semejante al sol, despide a la vez todo su resplandor. El espíritu del hombre se parece a la pálida luna que tiene sus períodos, idas y vueltas, su lucidez y sus manchas, su plenitud y su desaparición, que toda su luz la toma de los rayos del sol y que sin embargo a veces se atreve a interceptarlos.

Apesar de muchas ideas, de muchas miras y de mucha probidad, los sausimonianos se equivocan. Con la moral sola no puede fundarse una religión. Se requiere el culto, el dogma, y se requieren misterios. Para lograr que se dé crédito a los misterios se requieren milagros. Haced pues milagros. Primeramente sed profetas, sed dioses si podéis, y en seguida sacerdotes si queréis.

La iglesia afirma, la razón niega. Entre el *sí* del sacerdote y el *no* del hombre no queda más que Dios para poder sentar la verdad pura.

Todo cuanto se hace actualmente en política no es más que un puente de barcas; sirve, es verdad, para pasar de una a otra orilla, pero esto no tiene raíces en el río de ideas que debajo va corriendo y que acaba de llevarse el antiguo puente de piedra de los Borbones.

Las cabezas como las de Napoleón son el punto de intersección de todas las facultades humanas. Muchos siglos deben pasar para que vuelva a reproducirse este accidente.

Antes de una república, tengamos, si es posible una cosa pública.

Admiro aun a Rochejaquelin, a Lescure, a Cathelinau y hasta a Charette; sino que ya no les amo. Siem-

pre admiré a Mirabeau y a Napoleón; pero ya no les aborrezco.

El sentimiento de respeto que la Vande me inspira ya no es en mí más, que asunto de imaginación y de virtud. No soy ya vendeano de corazón.

Copia textual de una carta dirigida al señor Dupin.

«Señor Salvador, parece que se dedica V. a atropellar a los mendigos; cuidado conmigo, y sino... Mira que a otros más traviesos que tu he despachado. Hasta la vista. Mantente bueno hasta que te de pasaporte.»

Mal elogio de un hombre es decir que su opinión política no ha variado un ápice en el espacio de cuarenta años. Es lo mismo que decir que para él no ha habido ni experiencia de cada día, ni reflexiones muy íntimas sobre los hechos. Es lo mismo que alabar al agua por estar quieta, a un árbol por estar muerto; es preferir la ostra al águila. Muy al contrario, en la opinión todo varía. En las cosas políticas nada es absoluto sino la moralidad interior de estas mismas cosas. Y esta moralidad no es asunto de opinión sino de conciencia. La opinión del hombre puede por consiguiente variar honrosamente, con tal que no varíe su conciencia. Progresivo o retrógrado, el movimiento que desea es esencialmente vital, social, humano.

Lo que si es vergonzoso es el mudar de opinión por interés, y que sea un duro o un entorchado lo que haga pasar del blanco al tricolor, y al revés.

Actualmente nuestras cámaras decrepitas procrean un sinnúmero de leyes raquíticas a las que apenas nacidas las tiembla ya la cabeza de puro viejas, y se las han caído los dientes para devorar los abusos.

La igualdad ante la ley, es la igualdad ante Dios traducida en lenguaje político. Toda constitución debe ser una traducción del Evangelio.

Los *wighs*, dice O'Connell, no son más que *torys* sin empleos.

Toda doctrina social que tienda a destruir la familia es mala, y lo que es más, inaplicable. Con tal de recom-

ponerse pronto, la sociedad es soluble a causa de la mezcla de todas las leyes ficticias, artificiales, transitorias, expedientes, contingentes, accidentales, que forman su composición. Puede convenir muchas veces, puede ser necesario, muy bueno, el disolver una sociedad cuando sea mala, sobrado vieja, o mal cimentada. Pero jamás es bueno, necesario ni conveniente el disolver la familia; cuando se disuelve una sociedad no es el individuo que se halla por último residuo, es la familia. La familia es el cristal de la sociedad.

Noviembre.—Cosas grandes hay que no son obra de un hombre, sino que lo son de un pueblo. Las pirámides de Egipto son anónimas, las tres jornadas de julio también lo son.

Alguna primavera tendremos un deshielo de Rusos.

EXCELENTE LEY ELECTORAL

ARTICULO 1.º—Todos los ciudadanos son electores.

ARTICULO 2.º—Todos los ciudadanos son elegibles.

Diciembre 9.—Benjamin Constant que murió ayer, era uno de aquellos hombres raros que pulen y aguzan las ideas generales de su tiempo, esas armas de los pueblos que pulverizan las de los ejércitos. Sólo las revoluciones pueden lanzar a la sociedad a tales hombres. Para hacer la piedra pomez es menester el volcán.

Acaban de anunciar en este día la muerte de Goethe, la muerte de Benjamín Constant, la muerte de Pío VIII. ¡Tres papas muertos! (1)

Si el clero no se enmienda y no muda de vida, pronto no se creará en Francia en otra Trinidad que en la del estandarte tricolor.

La Francia actual es una ciudadela inespugnable. Al

(1) Esta triple noticia circuló en efecto en París el mismo día; mas en cuanto a Goethe, no se confirmó hasta quince meses después.—(Nota del autor).

mediodía tiene por murallas los Pirineos, los Alpes al levante, al norte la Bélgica con su fila de fortalezas, al poniente el Océano por foso. Más allá de los Pirineos, de los Alpes, del Rin y de las fortalezas belgas, tres pueblos en revolución; España, Italia y Bélgica están de guardia para nosotros. Y en esa Francia inaccesible, tres millones de bayonetas por guarnición; para guardar los desfiladeros de los Alpes, de los Pirineos y de la Bélgica, cuatrocientos mil soldados; para defender el terreno una guardia nacional por cada pie cuadrado. Finalmente, tenemos el cabo de la mecha de todas las revoluciones con que está minada la Europa. No falta sino que digamos: ¡Fuego!

Asistí a una sesión del proceso de los ministros, a la penúltima, a la más lúgubre, a la que se oía mejor rugir al pueblo desde fuera. Algún día escribiré aquella jornada.

Durante la sesión un pensamiento me tenía embargado; y era que el poder oculto que ha conducido a Carlos X a su ruina, el genio malo de la restauración, aquel gobierno que trataba a la Francia como a acusada, como criminal, e inmediatamente trataba de castigarla, había venido a parar, tan cierto es que hay una razón interior en las cosas, en no poder servirse sino de fiscales. Efectivamente, quienes eran los tres hombres sentados al lado de Polignac en clase de sus más inmediatos agentes? Peyronet, fiscal general; Chautelauxe, fiscal general; Guernon Ranville, fiscal general. ¿Qué es Mangin a quien probablemente se hubiera visto al lado suyo si no se hubiese escapado? un fiscal general. No más ministro de la gobernación, no más ministro de instrucción pública, no más prefecto de policía, sino en todos los ramos meros fiscales. La Francia no era ya ni administrada ni gobernada en el consejo del rey, sino acusada, condenada y castigada. Lo que está en las cosas, siempre tiene que asomar por algún lado.

La licencia con sus cien brazos se quita así misma los ojos.

Algunas rocas no detienen un río; por entre las re-